

LA ABEJA MONTAÑESA.

Periódico de intereses morales y materiales, literario, agrícola y mercantil.

SE PUBLICA TODOS LOS DIAS ESCEPTO LOS FESTIVOS.

PUNTOS DE SUSCRICION.—En Santander: en la Administración, calle de la Compañía, núm. 3.—Fuera de la capital: en casa de los comisionados ó directamente á la Administración.—En Ultramar: D. Benito Gonzalez Tánago, Obra Pia, núm. 11, Habana.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Santander: 8 reales al mes.—Fuera de la capital: 9 reales ídem.—En Ultramar: por seis meses, 4 pesos 2 reales.—Anuncios y comunicados: á precios convencionales.

SANTANDER 9 DE SETIEMBRE.

Enseñanza agronómica. (1)

IV.

Atenta y detenidamente observado el impulso que de algunos años á esta parte van dando á nuestra producción agrícola el aumento de población, la mayor facilidad de comunicaciones y el desarrollo del comercio y de la industria fabril, y leídas las publicaciones escritas en estos últimos tiempos, al efecto de coadyuvar á la revolución que en teoría y en principio admiten los mas de nuestros labradores de educación, pero de que en la práctica desconfían todos, se viene á parar al convencimiento de que van mal encaminados estos esfuerzos, para llegar pronto y sin tropiezo al término de aquella feliz revolución.

Hé aquí las razones en que se funda esta opinión. En primer lugar conviene saber que los escritos á que aludimos, dirigidos al hombre de campo, al cultivador, rara vez surten efecto, por cuanto ese hombre forma parte de una clase que no oye tales consejos ni hace caso de tales lecciones, como que no tiene confianza en el que se los da, al paso que la tiene en sí mismo. No tiene confianza en los autores de aquellos escritos, porque no le consta que estos autores, habitantes por lo comun de las grandes poblaciones, sean ni hayan sido nunca labradores; tiene confianza en sí mismo, porque cuenta con la autoridad de lo pasado y con su experiencia de cada día; ó en otros términos, porque, cultivando la tierra como la cultivaban sus padres y sus abuelos, ha visto toda su vida y ve que cada año crecen y cuajan los trigos, espigan las cebadas, granan los maíces y fructifican los árboles. Esta confianza que le inspiran sus propios experimentos, no se la inspiran las lecciones ni los consejos con que se trata de guiarlo, por cuanto el que se los da es un

(1) Véase nuestro número 1,472, del miércoles 19 de Agosto.

hambre á quien no conoce, á quien no ha visto nunca á su lado tomar parte en sus trabajos, manejar la azada, empuñar la esteva, sembrar cereales, plantar viñas, ni podar árboles. En todas estas operaciones se considera el hombre del campo tan entendido y tan hábil como el que mas, como que hasta entonces ha estado siempre solo para hacerlas, y tiene por ignorante á todo el que no es él ó de los suyos.—«Desde que el mundo es mundo (se dice) siempre han ido las cosas así; señal de que no pueden ir mejor: si tan bueno como dicen fuera lo que se nos propone, tiempo há ya que se sabría. ¿Tan necios somos, por ventura, que no hemos de saber lo que toda la vida estamos haciendo? Ese señor que pretende enseñarnos, nunca ha venido á nuestros campos, y de fijo no sabe uncir una yunta, ni decir, antes que estén maduros los racimos, si la postura es de uva blanca ó si de tinta.»

En materias de política, de religion, de administración ó de derecho, suele el hombre que así discurre hallarse dispuesto á recibir consejos; en materias de agricultura, nó. Aferrado á una rutina mas ó menos bien combinada con las circunstancias de la localidad en que vive, nunca ha reconocido mas maestros, ni mas guía que Juan ó Francisco, su padre, Felipe ó Blas, su hermano mayor, Pedro ó Bartolo, su amigo, su compañero, hombres de su condicion, en fin; hé aquí, por lo tanto, la causa que le hace negar su atención al nuevo profesor que de palabra ó por escrito trate de darle lecciones. Vanos serán todos los esfuerzos que se hagan por convencerle de las ventajas obtenidas en otros países á favor de nuevos instrumentos, de nuevos métodos y nuevas plantas ó semillas. Responderá que ni Inglaterra, ni Alemania, ni Francia son España; que todo está muy bien allí, pero que cada país tiene sus usos, etc. etc., y, rebelde á todo raciocinio, perseverará en su incredulidad.

Para llamar la atención del hombre del campo, para causar impresion en él, para do-

meñar su falta de voluntad, para abrir su pecho á la confianza, para escitarle y arrastrarle, en fin, hay un medio que es el ejemplo; pues, ¿qué hombre, por rudo que sea, no cede á la evidencia, á la lógica de los hechos realizados y repetidos una vez y otra vez ante sus ojos? Fácilmente, en efecto, se concibe que, un poco mas tarde ó mas temprano, la economía, la sencillez que, merced á la bien entendida distribución de los trabajos, introducen en los rurales los nuevos métodos y los instrumentos perfeccionados, estimulando el interés particular, induzcan á un hombre del campo, por rudo y tenaz que sea, á aprovecharse de las lecciones de otro que, por tales ó cuales medios, saca de la tierra doble, triple ó cuádruple partido que sus vecinos y compañeros. Fuera de este medio, lento y penoso (pues no puede menos de ser lenta y penosa toda tentativa dirigida á enseñar al que no está dispuesto á aprender), fuera de este medio, volvemos á decir, son poco eficaces cuantos se empleen para hacer á nuestros labradores adoptar nuevos sistemas y nuevos instrumentos de cultivo. Para ello hé aquí, entre otras muchas razones, una muy principal. La agricultura, semejante en esto á todos los demás ramos de industria, exige el concurso de los tres elementos siguientes: trabajo, capitales, inteligencia. Este concurso, ya necesario para la existencia de cualquiera industria, es sobre todo indispensable para la prosperidad de la que tiene por objeto el cultivo de la tierra.

Ahora bien: ¿qué esperar de una agricultura entregada á hombres que por lo general ni saben ni quieren aprender los buenos métodos, y que por otra parte carecen de capitales para ponerlos en planta?

Hablando así, no entendemos que deban concurrir en cada labrador las tres circunstancias arriba expresadas, que antes por el contrario creemos difícilísimo reunir.

¿Cómo, en efecto, suponer que el capitalista ó el hombre que ha pasado su juventud estudiando, vaya á labrar los campos con sus

propios brazos? Por excepcion, y solo en pequeña escala, podrán encontrarse hombres que á los recursos de su inteligencia y de sus capitales, agreguen el de su trabajo corporal. Es mas; en nuestra pobre opinion, deben estos tres elementos de producción buscarse, en cuanto posible sea, en individuos distintos, pues así es cada uno de ellos mas poderoso por sí: al trabajador, al simple bracero, neguémosle si se quiere por un momento la inteligencia, para dotar con su parte de esta preciosa luz á los hombres que lo han de dirigir. Pero aun no considerando al simple trabajador, al bracero, al peon del campo mas que como una máquina, un instrumento de trabajo, queda todavía en pié la cuestion de saber en qué manos se le ha de colocar. Ese es verdaderamente el punto de la dificultad, el problema en cuya solución vamos á ocuparnos un momento.

Si el país tuviese experiencia propia para dilucidar la materia que vamos tratando, á él nos dirigiríamos; pero á nuestros labradores les falta esta experiencia, y fuerza nos es por lo tanto consultar la de otros países, y á falta de datos propios, citar ejemplos ajenos.

Así pues, en Francia, v. g., si se examina cómo y de qué manera se han efectuado los adelantos agrícolas, se reconocerá que su principal, por no decir única causa, ha sido el cultivo perfeccionado y en grande escala; ó en otros términos, el cultivo emprendido ó dirigido por hombres de inteligencia y de capitales. Observando, se verá que así los escritos como los trabajos del baron Mateo de Dombasle, sabio y entendido promovedor de las mejoras hechas en Francia de 25 á 30 años á esta parte, han dado mejores resultados que en otros puntos, en los países atrasados del Centro y del Oeste, adonde, por el hecho de existir todavía allí grandes propiedades, se han dirigido los especuladores entendidos y ricos, en tanto que los labradores y los propietarios de poca tierra, vecinos de Mr. Dombasle, no se han decidido hasta 1840 á comprar el arado construido y puesto por él en

— 91 —

haciendo su paquetito, arrojó tambien al agua el grosero pañuelo, despues de haber sacado, con suma sorpresa de Leoncio, un retrato de mujer guarnecido de brillantes, una cadena de oro bastante pesada y dos pañuelos de batista orlados de encaje. Eso era todo lo que contenia su mochila de viaje.

—Estais sorprendido viendo que una especie de pordiosero haya conservado estos objetos de lujo, dijo poniéndose la cadena de oro que ostentó lo mejor que pudo encima chaleco blanco; esto era lo único que me quedaba de mi esplendor pasado, y no lo hubiera vendido sino á la última estreñidad *Chevrolet signor mio! Pazza!*

—¿En ese caso habeis sido rico? le preguntó Leoncio admirando la facilidad con que vestia su nuevo traje.

—Rico durante ocho dias, y mas de cien veces. Deseáis saber mi historia; pues os la voy á decir.

—En hora buena; contádmela andando, y seguidme; dijo Leoncio. Llevaremos esta balija á mi carruaje.

—Estais de viaje, signor?

—No, sino de paseo; pero durará acaso muchos dias; ¿quereis acompañarme?

—¡Ah! con el mayor gusto y con tanta mejor voluntad, cuanto espero que os seré útil y agradable; porque tengo diversas habilidades, y conozco ya muy bien estas montañas que estoy recorriendo hace ocho dias. No puedo parar en ningún sitio: la cabeza me arrastra las piernas, por vengarse del corazón que la arrastra á ella á cada instante. Pero para

16

— 94 —

«No tardó en presentarse un oficio, ó por mejor decir, se presentaron ciento: pero no tomé ninguno exclusivamente. Tenia ya en mi pecho el amor de la mudanza, la pasión de la libertad y una curiosidad desenfrenada de ver y conocer cuanto me parecia noble y bello. Tenia una voz hermosa, mi rostro y mi agudeza me recomendaban por sí mismos. Estaba seguro de hechizar los ojos y los oídos, no tenia que tomar cuidado ninguno y no pensé mas que en cultivar mis facultades naturales. Sucesivamente modelo, barquero, jockey, monaguillo, comparsa, cantor de calle, mercader de conchas, mozo de café, cicero... ¡Ah señor! este último empleo y el de modelo fueron los mas útiles, si no para mi bolsa, al menos para mi entendimiento. La conversacion con los artistas, y el estudio diario de las obras maestras del arte, desarrollaron tanto mis ideas, que pronto advertí que era superior por mi modo de ver y de juzgar á los escultores y á los pintores que trataban de reproducir mi rostro á los viajeros de todas las naciones que iniciaba yo en el conocimiento de todas las maravillas de Roma. Advertiendo la ignorancia ó la pobreza de espíritu de todos aquellos con quienes tenia yo que tratar, conocí cada vez mas la necesidad de ser un espíritu superior.

Instruirme en los libros era un trabajo demasiado frio y demasiado largo para la rapidez de mi comprensión: por eso hice cuanto pude para acercarme á los hombres verdaderamente capaces, y sacrificando casi siempre mis intereses á ese objeto, aprendí todo

— 95 —

oyendo hablar. Barquero ó jockey, observé y conocí los hábitos y las costumbres de las gentes del mundo: monaguillo y corista de ópera me inicié en el sentimiento de la música, y en el arte del teatro, descubrí los secretos del cura y del comediante que se asemejan mucho: cantor de calle, titiritero, mercader de baratijas, estudié todas las clases y conocí las impresiones del público y sus causas. Malicioso y penetrante, audaz y modesto, hábil para persuadir y desdeñando engañar, tuve amigos en todas partes y protectores en ninguna. Aceptar la proteccion de quien quiera que sea es hacerse dependiente de él; pero me es odiosa toda especie de yugo. Poseyendo una habilidad sin ejemplar para imitar, así como la seguridad de poder divertir, enternecer, maravillar ó interesar á quien yo quisiera, no habia en toda mi vida una hora en que no pudiese contar con mis infinitos recursos.

«A medida que me iba haciendo hombre, esos recursos, en lugar de disminuir duplicaban. Cuando llegó la edad de agrandar á las mujeres... tuve mucha suerte, caballero, y no abusé. La misma indolencia real que no me habia permitido prodigar las perfecciones de mi individuo en el oficio de pescador, la cual no era en el fondo mas que un respeto instintivo á la conservacion de mi poder, me acompañó en mis relaciones con el bello sexo. Juicioso y discreto, no tuve largo apego al vicio, ni me dediqué al egoísmo: quise vivir por el corazón con el objeto de permanecer completo é invencible en mi orgullo.

práctica desde 1820.—Inglaterra igualmente debe el brillante estado de su agricultura á sus *landlors* (1) y á sus *gentlemen farmers* (2), ricos y entendidos cultivadores, que han asegurado el buen éxito de sus labranzas, en cuanto á ellas han llevado su inteligencia y sus capitales.

Para la aplicación de este sistema á nuestro país, se nos objetará tal vez que en España no hay como en Inglaterra ni *landlors* ni *gentlemen farmers*, y que es, por el contrario, cortísimo el número de las personas ricas é instruidas que se dedican al cultivo de los campos. El valor de esta objeción es puramente de actualidad, pues ni inteligencia ni capitales faltan en España; lo que hay es que la gente de dinero se ha entregado hasta aquí á otro género de especulaciones, y que la inteligencia, dedicándose á otros estudios, ha abrazado también otras carreras.

En la historia agrícola de otros países se encuentra la explicación de lo ocurrido en España. La agricultura, nacida, digámoslo así, con el hombre, cuyo primer trabajo constituyó, debió parecerle una cosa que, sin necesidad de aprenderse, se sabía desde el momento en que á uno se le ocurriera la idea de ocuparse de ella. Reducida en un principio á algunas nociones sencillísimas, á algunas prácticas que ninguna dificultad ofrecían, lenta en su marcha, imperceptible en sus adelantos, ¿que extraño es que adormeciese á los hombres en una ilusión que todo, por otra parte, conspiraba á perpetuar? A perpetuarla, en efecto, contribuía el modo mismo con que lo que de este arte se sabía se transmitía por el ejemplo en el seno de la familia, del padre al hijo insensiblemente, sin que por una parte hubiese propósito formal de enseñar, sin que por otra hubiese propósito deliberado de aprender, y sin que ni por una ni por otra hubiese conocimiento exacto del grado de bondad de lo que se hacía.

Ni en su origen, ni en su marcha, ni en sus procedimientos, había, pues, nada que por de pronto ni en mucho tiempo debiese llamar la atención, tocar el entendimiento, excitar la curiosidad, despertar el espíritu de observación, ni provocar investigaciones. Limpido arroyuelo de escaso pero constante raudal, á sus aguas llegaban todos á apagar su sed, sin volverse á acordar, apagada esta, del beneficio que acababan de recibir.

(1) Señores territoriales que labran sus fincas.
(2) Colonos ó arrendatarios caballeros, que es lo que en otros tiempos podían llamar aquí labradores de camisa limpia.

En el estado actual de cosas y en la esfera á que ha llegado, no es probable que por mucho tiempo alcancen todavía á la agricultura ni el olvido ni los desdenes de las clases instruidas y ricas: antes es de esperar que, saciándose ellas al encuentro, le den la mano como se le da á una amiga, mas diré, á una bienhechora. Esta fraternidad, esta alianza, es la que á los hombres interesados en el bien de su país toca preparar, favorecer, estimular y activar por todos los medios posibles, sin que sean estos acaso tan difíciles de realizar como á primera vista parece.

Acelerárase el momento de esta feliz realización, poniendo en el camino que siguen los agricultores, las distinciones, los honores y las recompensas que en el suyo encontraron hasta aquí los hombres dedicados á otras carreras, demostrando (lo cual es fácil) que la agricultura puede dar beneficios que, al paso que tan crecidos como los de cualquiera otra industria, son mas seguros y duraderos; y por último, haciendo ver que el cultivo de la tierra es el verdadero manantial de la riqueza y de la prosperidad de los Estados.

Por excepción se verá un hombre que no ceda á la idea de hacer una ganancia evidente y positiva, obtenida por medios lícitos y hasta honrosos. Pues bien, de esta especie son las que ofrece la agricultura, y nada sería mas fácil que establecer por cálculos basados en datos ciertos y en operaciones irrecusables que en España, con un poco mas de esmero, haciendo algunos gastos mas, y poniendo alguna mas asiduidad en los trabajos, son raros los propietarios que no puedan en poco tiempo doblar y triplicar sus rentas, y por consiguiente su fortuna; y que difícilmente, por lo tanto, encontrará el capitalista un empleo mas lucrativo y menos arriesgado para su dinero que el confiarlo á esta nueva industria. Pronto los que á ella se dedicasen, comprenderían que era igualmente útil para recrear el ánimo que para ocupar el entendimiento, y que, conservadora de las buenas costumbres, hace agradable la vida, eximiéndola de muchas incomodidades y achaques.

No basta, sin embargo, dirigir hácia la agricultura las miradas y la mente de las clases ricas é instruidas; es menester además enseñarles la ciencia y sus aplicaciones, y para ello establecer escuelas en que vaya siempre unida la práctica y la teoría.—La práctica, digo, porque la agricultura es de todas las artes la que mas conocimiento requiere en la parte material de la ejecución de los trabajos,

y mas observación en el encadenamiento de los hechos, porque es de todas ellas la mas compleja y variada en sus aplicaciones, diferentes, segun las circunstancias, en cada país y en cada localidad; y por último, porque la costumbre de hacer hábilmente y por sí mismas cosas será siempre, en la dirección de una explotación, el modo mas seguro y mas expedito de luchar victoriosamente con la negligencia, la torpeza ó la mala voluntad de los agentes subalternos ó de los trabajadores que emplee.—Teórica deberá también ser esta enseñanza, por cuanto la teoría es la antorcha á cuya luz únicamente se puede, en esta carrera, caminar con paso pronto y seguro, en tanto que, privado de ella, la marcha es generalmente difícil, siempre lenta, y rara vez acertada.

Lo dicho en este artículo viene en apoyo de lo que acerca de la importancia y la utilidad de la enseñanza agronómica, hemos espuesto en nuestros números anteriores. B. DE F.

AVISO A LOS NAVEGANTES.

Dirección de Hidrografía.

Segun anuncio de la administración general de Faros de Imperio Otomano deben encenderse, durante el mes de Setiembre próximo, los que se expresan á continuación:

MAR NEGRO.

COSTA DE RUMELIA.

En bahía Bourghaz. Situado en el islote Anastasia, en la parte S. de la bahía, en cuya cumbre hay un monasterio.

Las luces fijas, blancas en línea vertical. Latitud 42° 27' 52" N. Longitud 33° 48' 9" E. de S. F.

Elevación sobre el nivel del mar de la luz superior, 40 metros.

En cabo Galata. Establecido en la corona del cabo, en la parte S. de la entrada de la bahía de Varna.

Luz fija, blanca de 5.º orden. Alcance, 10 millas. Latitud 43° 10' 00" N. Longitud 34° 10' 51" E. de S. F.

Elevación del foco luminoso sobre el nivel del mar, 50 metros.

En Varna. Colocado en la muralla que circunda la población del mismo nombre.

Luz de puerto fija, roja. Alcance, 10 millas. Latitud 43° 11' 40" N. Longitud 34° 10' 36" E. de S. F.

Elevación de la luz sobre el nivel del mar, 13 metros.

Las demoras son verdaderas. Variación en 1863 3° 30' NO.

MAR MEDITERRANEO.

ISLAS DEL ARCHIPIELAGO.

En punta Sivridji. Situado en la cumbre de dicha punta, que es la oriental de la entrada de la bahía de Sivridji, canal de Méelin.

Luz fija, blanca. Alcance en tiempo despejado, 6 millas. Latitud 39° 27' 40" N. Longitud 32° 27' 26" E. de S. F.

Elevación del foco luminoso sobre el nivel medio del mar, 25 metros.

En la isla Eléas. Establecido en la parte mas elevada de la isla.

Luz fija, blanca de 2.º orden. Alcance 12 millas. Latitud 39° 19' 30" N. Longitud 32° 45' 31" E. de S. F.

Elevación del foco luminoso sobre el nivel del mar, 60 metros.

En el puerto Méelin. Situado por encima de la bahía de la punta del mismo nombre.

Luz de puerto, fija, roja. Alcance, 76 millas.

Elevación del foco luminoso sobre el nivel del mar, 50 metros.

Las dos luces fijas, blancas, que se encienden en cada lado de la entrada del puerto, se cambiarán á color rojo. Alcance, 4 millas.

Latitud 39° 6' 00" N. Longitud 32° 46' 56" E. de S. F.

Elevación de los focos luminosos sobre el nivel del mar, 7 metros.

COSTA DE ANATOLIA.—GOLFO DE ESMIRNA.

En cabo Mermiñi. Establecido en la corona del cabo, próximamente á 800 metros de su estremidad, y al NNO. de la bahía de Aggria.

Luz fija, de 2.º orden, que presentará el color blanco cuando demore entre el S. 39° E. y el E.; y rojo entre el E. y el N. 22° O. Alcance, 20 millas.

Latitud 38° 37' N. Longitud 32° 58' 36" E. de S. F. Elevación del foco luminoso sobre el nivel del mar, 70 metros.

En la torre del faro anterior, por debajo de la luz, se colocará otra fija, verde, que iluminará un arco de horizonte de 33° 45', ó sea el espacio que ocupan las piedras Mermiñi.

Las demoras son verdaderas. Variación en 1863, 8° al O. del cabo Mermiñi. Madrid 21 de agosto de 1863.—Francisco Charon.

SECCION DE NOTICIAS.

NACIONALES.

Para las eventualidades del servicio, con motivo de los acontecimientos de Melilla, están apostados en el puerto de Málaga los vapores de guerra *Buenaventura*, *Alerta*, *Lepanto*, *Ceres*, *Alava*, y en Alicante la *Santa Teresa*.

Dice La Correspondencia del día 6:

«En el Consejo de ministros celebrado esta tarde, y que se ha prolongado hasta cerca de las cinco, ha reinado la mas perfecta unidad de miras entre todos los ministros; se ha acordado sostener las medidas adoptadas por el ministerio en materia de elecciones y de reuniones electorales, y se ha reconocido tambien de un modo unánime el deber de patriotismo que tienen los ministros contraído desde que propusieron á S. M. la disolución de las anteriores Cátedras.»

El gobierno de S. M. ha contestado al autor de la proposición presentada en el ministerio de Ultramar para reconstruir en Manila las casas arruinadas por el terremoto, que no puede mezclarse en lo que es del dominio particular, y que el autor de la proposición puede, si quiere, tratar directamente con los propietarios, pero no con el gobierno.

Dice La Correspondencia:

«A los que muestran cierta impaciencia porque el gobierno no ha dictado ya disposiciones inmediatas para castigar á los moros del Riff por su traidor ataque á la plaza de Meilla, debemos decir que antes de recurrir á las armas, es natural y conveniente que se hagan ante el emperador las oportunas reclamaciones diplomáticas, y en el caso de que estas fuesen des-

Fui misericordioso sin tener que hacer ningún esfuerzo para ello: me han hecho muchas traiciones, pero jamás me han engañado. He derribado muchos rivales, pero á ninguno he ofendido: he formado muchos nudos y he sabido romperlos sin amargura. Mirad, caballero, aquí tengo el retrato de una princesa que me ha martirizado tanto con sus celos, que la he tenido que dejar; pero guardo su imagen como recuerdo de los placeres que con ella he disfrutado sin enseñárselo á nadie, ni vender los diamantes, aunque hace ocho dias que no como mas que pan y leche de cabra.

—¿Pero cuál es la causa de vuestra miseria actual? preguntó Leoncio.

—El amor de los viajes por una parte y por otra el amor, el puro amor, *signor mio!* Apenas había ganado algun dinerillo, dejando el oficio con que lo había ganado, porque ya había sacado de él todo el goce que quería sacar, eché á andar y corri toda la Italia. He visitado todas sus provincias gozando de todas las comodidades del bienestar cuando podía, sometiéndome á las privaciones mas filosóficas, cuando no tenía moneda en el bolsillo, hallándome á veces con una especie de deleite en un estado de pobreza que me hacía mas apreciable aun los bienes que había prodigado, esperando con orgullo que me viniese un deseo bastante vivo para sacudir aquella apatía deliciosa. A veces desdeñaba el salir de apuros conociendo que no habían llegado á su apogeo mis inspiraciones de artista, y prefiriendo estar en

primero que me lo pedía, porque tenía el corazón demasiado generoso para rehusarles nada á mis camaradas. Les ayudaba á vender sus géneros en lugar de solicitar diesen la preferencia á los míos; en fin, reducí yo á mi madre adoptiva á la desesperación por mi desprendimiento y mi liberalidad que calificaba ella de necedad y de mala conducta.

«A medida que iba yo adquiriendo fuerzas, se las quitaban á ella los años, de modo que un dia no quedándole ya fuerza para darme golpes, único consuelo que hasta entonces había tenido conmigo, me echó á la puerta de la calle dándome su maldición y dos *carlini*.

«Tenía yo entonces diez años y era hermoso como Cupido. Un pintor estimado que me había visto en la calle me llevó á su casa para servirle de modelo. É hizo por ese medio primeramente un San Juan, despues un Giotto, y en fin un Jesus enseñando en el templo: cuando ya no tuvo necesidad de mi cara, me despachó de su casa dándome veinte monedas de oro y recomendándome que me vistiera un poco mejor, si me quería presentar en algun paraje para ganar la vida. Ya sentía nacer en mí el gusto del lujo; sin embargo, conocí que no era aun tiempo de satisfacerme por ese estilo. Volví á casa de mi madre adoptiva y le di cuanto había recibido; agradecida ella de mi buen corazón, me quiso guardar en su casa, pero le declaré que me había aficionado á la independencia y que en adelante quería tener entera libertad para escoger un oficio.

que podais conocer mi modo de viajar, es decir, mi modo de vivir, es menester que me dé á conocer enteramente.

«No sé en qué lugar nací, ni á qué gran señora culpable ó á qué desgraciada muchacha estraviada debo la luz del dia. La mujer de un pescadero me recogió una mañana en la campiña de Roma, á orillas del Tiber y me dió el nombre de Teverino, es decir, *Tiberino*. Tenía yo entonces cerca de dos años, y no podía decir de dónde venía, ni quiénes eran mis padres: aquella buena alma me crió á pesar de su miseria. No tenía ya hijos, y contó conmigo para asistirla y sostenerla cuando llegase á edad de poder trabajar. Por desgracia no había nacido yo con inclinación al trabajo: la naturaleza me había regalado una pereza de príncipe, y por eso he creído siempre que soy de sangre ilustre, aunque por mi ingenio pertenezco al pueblo. Es menester que uno de los autores de mi vida haya pertenecido á esa raza de pobres diablos que tienen que ganarlo todo por sí mismos; de eso es de lo que menos me sonrojo en mi origen problemático. Mientras no fui mas que un niño, me gustó la pesca, pero mas como arte que como oficio; sí, ya sentía yo entonces que había nacido para las invenciones de la inteligencia. Ardiente en los ejercicios peligrosos y violentos, no tenía yo ninguna inclinación al lucro: gozaba un placer estremado en atisbar, sorprender y cojer la presa; pero no tenía ninguna en disputar y regatear para venderla. Perdía el dinero ó se lo daba prestado al

